

Extravíos entre las páginas.

El señor Horacio leía con el olfato. Para elegir a un nuevo candidato en los pasillos de narrativa de la biblioteca, se colocaba un libro al azar junto a las aletas de la nariz, deslizaba el pulgar por el filo de las hojas y enseguida notaba el olor a pescaditos de oro recién fabricados, a molinos que se comportaban como gigantes, a ballena blanca fugitiva, a magdalenas mojadas en el té de la niñez. No necesitaba leer ni cubiertas ni sobrecubiertas ni solapas. Bastaba un golpe de nariz para que se produjera el flechazo y ya corría al mostrador donde las gemelas responsables del préstamo se afanaban en dar la bienvenida a los libros recién llegados para luego acomodarlos en los carritos que los llevarían de vuelta a su hogar de madera. Mientras ellas cogían el carnet y desimantaban su hallazgo y lo sellaban convenientemente, el señor Horacio buscaba concentrado las diferencias entre las hermanas. Una tenía el pelo unos centímetros más largo que la otra aunque, como estaba rizado, era difícil de decir. La de la izquierda solía morderse los labios y pestañeaba más rápido. La de la derecha tenía una pequeña cicatriz sobre la ceja izquierda y se crujía los dedos con frecuencia.

<<Aquí lo tiene>>, decía una.

<<¡Que lo disfrute!>>, terminaba la otra.

El señor Horacio se limitaba a sonreír y apretaba los puños de vuelta a casa para someter su deseo irrefrenable de llevarse el libro a la nariz y aspirarlo a conciencia. Era una de las pocas cosas emocionantes de su vida de jubilado que se sucedía con la misma precisión que el engranaje de un reloj suizo.

Se despertaba a las siete en punto para hacer enjuagues y estirar la espalda que, a primera hora, tenía una rigidez de caparazón de escarabajo. Se vestía pulcramente su traje con pajarita y lustraba sus zapatos con independencia de que ya tuvieran un brillo cegador. Tomaba café descafeinado con leche y una minúscula tostada con mantequilla y mermelada de melocotón, pues no quería sentirse pesado durante su clase de natación. Hacía exactamente cinco largos a braza y uno a espalda porque le gustaba ver las formas que las manchas de moho hacían sobre el techo de la piscina cubierta. Después de la ducha se marchaba, con los tapones de cera todavía puestos, a hacer una compra insignificante: cuatro lonchas finas de jamón, tres manzanas, dos zanahorias, una

sardina para la cena. Se hacía el sordo y así no tenía que contestar nada. Cuando volvía a casa, la limpiaba meticulosamente por una hora. No importaba si tocaba aspirar los rincones o abrillantar las mesillas. Luego una comida temprana que la enfermera del centro de salud habría aprobado aunque, se olvidaba un poco de la tensión, y comía siete patatas fritas onduladas al día. Siete y solo siete. O juntaba pacientemente los trozos que equivalían a siete si la bolsa estaba en sus últimos días. Más tarde un pestañeo mientras los leones del Serengueti cruzaban la sabana del televisor. Luego el necesario baño de sol para que los huesos no se le hiciesen polvo instantáneo por dentro. Ya calentito el paseo hasta la biblioteca para, como cada día, acercarse a las estanterías, proceder a su labor de selección olfativa para, por último, agradecer y despedirse de las gemelas con una única sonrisa.

Lo mejor llegaba después de una cena de pájaro cuando el señor Horacio se permitía el momento más feliz de la jornada. Preparaba un vaso con mucho hielo y poco licor. Colocaba una caja de cigarrillos junto a su sillón orejero, no para fumarlos pero sí para acariciarlos si le entraba la nostalgia. Se ponía unos auriculares de protección auditiva, como si se dispusiera a usar un martillo neumático para encontrar una rotura de cañerías bajo su salón. Se sentaba, cerraba los ojos e inspiraba con intensidad el libro que hubiera sacado prestado de la biblioteca. Si lo que había olfateado le parecía bueno, pasaba a conservar los olores usando un pequeño aspirador de mano que había modificado para que el aire entrara directamente en uno de los tarros vacíos de mermelada de melocotón que conservaba –después de haberlos tenido en agua caliente para quitar minuciosamente las pegatinas-. Bastaba escribir con un rotulador permanente sobre el cristal el título, el autor y la fecha. Así, los días de insomnio, podía ir a su alacena y aspirar la fragancia a campo de amapolas del tarro con la etiqueta <<El mago de Oz>> y quedarse profundamente dormido al instante. Sí sentía que se ahogaba al pasar siempre por los mismos lugares una y otra vez, abría un poquito un tarro que decía <<La odisea>> y el aliento perfumado de los cantos de sirena le calmaba el deseo de hacerse a la mar. Pero no podía pasarse la vida con la nariz metida en cristal así que al señor Horacio le sobraban muchas horas al día.

Por eso, la noche que encontró el primer objeto olvidado dentro de un libro sintió que acababa de ver la primera flor de almendro después de un gélido invierno. Sentado en su sillón orejero y bajo una ducha de luz amarilla, el señor Horacio sujetaba

un libro titulado <<El barón rampante>> frente a él. Movía nerviosamente el pulgar derecho para sacar de aquellas hojas cosidas su esencia a caracoles mal cocinados, a corteza de encina calentada al sol, a plumas enredadas en el pelo. Justo en el momento en que aspiraba una fragancia a capullo de hombre hecho con pieles de animales le cayó una fotografía sobre el regazo. En ella aparecía un niño con un chaleco de raso gris y camisa blanca que se apoyaba pensativo en el brocal de un pozo. Algún lector anterior la había dejado olvidada en aquel bosque de hojas y el señor Horacio la olió con fruición para descubrir que el niño había asistido a la boda de una tía o una prima segunda y que en el banquete se había servido *vichyssoise* y un pastel de cinco pisos bañado con azahar y recubierto de merengue. Ese contacto humano tan indirecto, tan colateral, lo enterneció. Habría deseado entregar la fotografía a las bibliotecarias gemelas y que ellas movieran cielo y tierra para devolvérsela a su dueño, pero no habría sabido cómo explicarse. El señor Horacio llevaba tanto tiempo sin hablar que le parecía que se le había oxidado la garganta. Así que rebuscó en los cajones del aparador y dio con un álbum que nunca había usado. Allí colocó la fotografía del niño pensativo junto a la fecha y el título del libro donde había hallado semejante tesoro de 10x15 centímetros.

Al día siguiente, y de manera involuntaria, se abrió un claro en las nubes de rutina del señor Horacio cuando se encontraba justamente en el mercado. Después de la última parada en la pescadería donde comprar dos anchoas para la cena, se acercó a la panadería y pidió un merengue sin saber por qué. <<El más grande que tenga>> se atrevió a decir con voz ronca. Se lo comió de postre mientras se acordaba del niño pensativo y le venía una sensación a pozo seco y triste. Junto a la mesa estaba el álbum con aquella única fotografía. Se decidió a llenarlo con otras cosas que encontrara olvidadas en los libros. Otros tesoros lisos como aquel. Al fin y al cabo, además de leer las historias con la nariz podía detectar polizones entre las hojas y, qué demonios, no tenía mucho que hacer desde que se había jubilado. En vez de una colección podría tener dos y eso era un nuevo motivo misterioso por el que levantarse a las siete en punto cada mañana.

Las batidas en los pasillos de ficción se hicieron más frecuentes y exhaustivas. Podría haberlo hecho también en la sección de ciencias aplicadas o en la zona donde estaban las guías de viaje, pero los poemarios, las novelas y los libros de cuentos tenían

olores más penetrantes para su gusto. Casi tan volátiles como los de los álbumes ilustrados de la sección infantil. El trabajo no era fácil porque había que sacar los libros de las estanterías, husmearlos con discreción y, si no daban señales de tener algo olvidado por dentro, volverlos a colocar en el lugar correspondiente. Esto último era lo más problemático. Las gemelas vigilaban todos los movimientos de aquel señor con pajarita.

<<¡Ejem, ejem!>>, carraspeaban ellas a coro.

No les importaba en absoluto que aquel señor se moviera en las estanterías con la nariz aguzada como un perro pachón. Lo que no podían soportar es que alguien cogiera un libro y luego lo pusiera en un lugar distinto del que le correspondía. Un libro mal colocado era un libro perdido y las dos gemelas opinaban que los malhechores que descolocaban libros debían ser condenados a los peores castigos. Por lo demás eran unas señoritas encantadoras. Para evitar sus miradas reprobatorias, el señor Horacio tenía que operar sin sacar los libros de las baldas, simplemente oliéndolos a cierta distancia. Pese a los comprensibles errores de un trabajo no finamente llevado a cabo, el álbum del señor Horacio no paraba de llenarse y, con él, los deseos de novedad de su propietario.

Encontró un pétalo seco, aunque con el borde todavía rosa, y eso le animó a comprar dos ramilletes idénticos de pequeñas flores blancas que entregó a las bibliotecarias gemelas y que estas se llevaron a la nariz al mismo tiempo. Un poco para acallar sus temores de que aquel viejito prácticamente había tomado los pasillos de la biblioteca, un poco por agradecer el detalle del lector que había escondido aquella delicada sorpresa. Y sobre todo porque cada cosa que encontraba olvidada entre las hojas se convertía para él en una especie de oráculo que le decía cómo vivir. Por este motivo, cuando descubrió en <<Las mil y una noches>> una carta a los Reyes Magos de una niña llamada Rita que deseaba <<aparte de felicidad una mochila de ruedas y que sea bonita>>, se decidió a comprarse él también algo con ruedas y bonito. Se olvidó completamente de aspirar los olores a cardamomo y dátiles que destilaba el libro y se fue a comprar una maleta aunque nunca hubiera ido muy lejos. Pensó que a Rita le habría gustado. Y justo después de aquello no pararon de llegar señales inequívocas. Todos los libros que sacaba prestados llevaban o bien un billete de autobús Toledo-

Ciudad Real o uno de tren de Ha Noi a Lao Cai. Hasta encontró una tarjeta de embarque para volar de Madrid a Venecia y una postal con las nubes del cielo de París. Los vaticinios le decían que viajase, que volase. Y el señor Horacio, comedido en sus ambiciones, escogió una visita a Cuenca para estrenar su maleta de ruedas.

El ajetreo entre los estantes de libros y las noches en blanco intentando entender el significado de sus descubrimientos tenían al señor Horacio agotado pero feliz. Había dejado de levantarse tan puntualmente y ya solo hacía largos como mucho dos veces a la semana. Iba al mercado cuando se acordaba y, desde que encontró en la página 76 de <<El viaje del elefante>> un folleto del restaurante Palacio de Pekín que prometía comida <<riquísima y que no engorda>>, se había dado a las delicias de los rollitos y el pan frito. Lo malo es que su comportamiento había encendido todas las alarmas de las idénticas responsables del préstamo que, en lo tocante a la colección de su biblioteca, eran ciertamente quisquillosas. Tenían la sospecha de que aquel señor solo se dedicaba a oler los libros y a sacarlos de paseo por un día sin leer ni una sola coma. Para demostrar su teoría decidieron atacar cuando el señor Horacio se acercó al mostrador para devolver un libro de la sección infantil titulado <<Érase dos veces el barón Lamberto>>.

<<¿Le ha gustado el libro de Gianni Rodari señor?>>, disparó la gemela que pestañeaba rápido.

<<Naturalmente que sí, aunque el santón del desierto desprendía un tufillo algo desagradable>>, dijo muy bajito el señor Horacio pues era lo único que recordaba.

<<¿Y cuántas enfermedades tenía el barón Lamberto?>>, remató la otra gemela.

El señor Horacio no tenía la menor idea de que el barón Lamberto estaba enfermo. El libro le había olido un poco a rancio al principio aunque al final tenía un olor muy fresco, casi de chiquillo. Se limitó a sonreír y a irse a toda prisa. En ese libro había encontrado la noche anterior una cosa doblemente extraordinaria. Dos objetos al mismo tiempo. Un peine de hotel, finísimo, gris y un informe de evaluación de un niño que sacaba sobresalientes en Educación Artística pero apenas un suficiente en Ajedrez. Después de mucho pensarlo, el señor Horacio concluyó que el augurio era claro: haría el Curso de Peluquería Canina que siempre había querido hacer. Por eso dejó la biblioteca

a toda prisa, por el embarazo de aquel interrogatorio y porque empezaba ese mismo día con una clase del lenguaje de los ladridos, seguida de unas prácticas en garrapatas y pulgas.

Al día siguiente la caza del señor Horacio le deparaba una pieza asombrosa que había sido intencionadamente olvidada. Metódico como era, había recorrido todo un pasillo oliendo estantería por estantería. Cuando se acercó a la balda que le tocaba, un fuerte aroma a vainilla lo llevó sin rodeos a un libro. En la página 159 encontró un pequeño papelito doblado con un mensaje imposible.

I P FUE ver

p.75

Esta vez el oráculo de los libros estaba juguetón. El señor Horacio no posó sus escasos mechones de pelo en la almohada ni un instante. Se había acostumbrado a dejarse llevar por esos olvidos que el azar y su exhaustiva búsqueda le deparaban y necesitaba saber qué querían decir aquellas letras. Como pensaba mejor cuando andaba, se pasó la noche dando vueltas al barrio. Vio acostarse a los más trasnochadores, vio levantarse a los más madrugadores y mientras tanto el frío se le metió por dentro y ya no podía separarse de su pañuelo con una H de Horacio bordada.

A la mañana siguiente hizo lo que siempre había hecho a falta de una idea mejor: sus enjuagues, sus estiramientos, su desayuno con tostada, los largos y todo lo demás acompañado de muchos estornudos. Cuando llegó a la balda que le tocaba inspeccionar aquel día se dio cuenta de que no podía oler nada. Su nariz estaba completamente taponada. Esta pequeña contrariedad fue precisamente lo que le hizo darse cuenta de que todos los libros tenían en su lomo un rectángulo con unas letras como las de su papelito. El señor Horacio buscó por todas las estanterías pero no encontró exactamente esa combinación. Cuando sintió que su pañuelo bordado no podría resistir por más tiempo les tendió el papelito a las gemelas.

<<Sección>>, dijo una.

<<Infantil>>, continuó la otra.

El libro debía estar en aquella sala con mesas minúsculas y con libros enormes de los que, al abrirlos, saltaban cabritillos o lobos feroces. Buscó y rebuscó y por fin llegó a la sección de poesía. Bingo. Allí estaba, un libro amarillo que se llamaba <<Versos fritos>>. Lo abrió por la página 75 y vio que había un pósit en forma de flecha también amarilla que señalaba cuatro líneas.

Estaba el señor don Libro

aburrido en su sillón

esperando a que viniera... (a leerle)

algún pequeño lector.

¿Sería él el pequeño lector? El señor Horacio intentó ver a qué olía pero dada su congestión tendría que fiarse del oráculo. Aquella noche, arrellanado en su sillón, y ante la falta de cualquier otra alternativa, abrió el libro para leerlo de otra forma. Hubo partes que le conmovieron más que otras, a veces no le gustaban las rimas demasiado fáciles, pero no le resultó tan difícil como había pensado. Eran poemas breves que desaparecían en un bocado. Todavía prefería leer con la nariz pero no le había desagradado tanto hacerlo con los ojos. Y, cuando volvió a la biblioteca, informó orgulloso a las gemelas que había conocido la historia de una manzana reineta llamada Enriqueta. Estaba pletórico y además podía respirar un poco mejor así que no le costó nada rastrear y llegar a un libro que le entregó un segundo papel doblado que había sido rociado con aquel mismo aroma a vainilla, a orquídea tropical.

N COR fin

<<Continuidad de los parques>>.

Esta vez fue directo al estante. Se había convertido en un experto en tejuelos y en la colocación exacta de todos los fondos. Lo sacó ante los cuatro ojos bien atentos de las encargadas del préstamo.

<<¡Que lo disfrute!>>, dijeron a coro.

Pidió comida china y cenó a toda prisa para encender la luz de lectura y descubrir que <<Continuidad de los parques>> era un cuento que comenzaba así:

Había empezado a leer la novela unos días antes.

El libro hablaba de un lector. Como él. Alguien que leía absorbido sin darse cuenta de lo que sucedía alrededor. Esto le estaba sucediendo exactamente a él. Ni el olor a lata de veneno para hormigas ni a flores amarillas que llegaba desde los otros cuentos de la colección lo despistó, ni un instante, de la suavidad del terciopelo verde del sillón en el que leía aquel otro lector. El aroma de las palabras estaba embriagando al señor Horacio más que ningún otro. Y como antes hiciera con su colección de tarros de cristal con los olores aspirados a los libros, y luego con aquel viejo álbum lleno de marcapáginas improvisados que los otros usuarios de la biblioteca se habían dejado olvidados, al señor Horacio le entró la fiebre de coleccionar todas esas palabras pero no sabía cómo hacerlo.

La respuesta no tardaría en llegar a sus manos, de nuevo a través de un papelito doblado con un aroma intencionado de vainilla para que el señor Horacio pudiera llegar a él sin pérdida.

N BRA fah

Esta vez no había una página marcada ni un único cuento. Ya no era una pequeña píldora fácil de tragar. Era una píldora llamada <<Fahrenheit 451>> de 175 páginas que, no obstante, se tragó sin siquiera levantarse al baño. A esa hora de la madrugada en que hasta los mirlos duermen, el señor Horacio llegó a la parte que hablaba de los hombres-libro que vivían en los bosques y en las vías de tren abandonadas guardando en su interior trozos de historias. Cada uno un trozo distinto. Esta era la manera en la que habían rescatado palabras que, de otra forma, habrían sido quemadas y habrían desaparecido para siempre. Y allí había una página con unas líneas subrayadas.

Y cuando la guerra haya terminado, algún día, los libros podrán ser escritos de nuevo. La gente será convocada una por una, para que recite lo que sabe, y lo imprimiremos hasta que llegue otra Era de Oscuridad, en la que, quizá, debemos repetir toda la operación.

El señor Horacio se sintió importante al leer esto. Pensó que si los libros tuvieran que ser reescritos, él podría dar información valiosa de sus olores. Incluso de algunas personas que los habían leído como los padres de Rita, como el señor al que le gustaba comer en el Palacio de Pekín o el que había recibido una postal con las nubes de París. De ahora en adelante, además podría entregar fragmentos que almacenaría en el lugar donde se almacenan las mejores colecciones: en su cabeza. Todos los segundos de sus horas tendrían que ser cuidadosamente aprovechados pues había mucha belleza que memorizar.

Aquel día, con ojeras y con todo, se anudó con especial esmero la pajarita, se lustró a conciencia los zapatos y se encaminó a la biblioteca silbando. Fue directo al mostrador de préstamos donde las bibliotecarias gemelas aprovechaban un rato libre para, como no podía ser de otra manera, leer.

<<Me permiten sus delicadas manos señoritas>>, dijo el señor Horacio con una voz clara para sorpresa de ellas.

Ellas se las ofrecieron como un resorte y él se las besó para aspirar profundamente el olor a vainilla, a selva dulce, que desprendían.